

La novela decimonónica española *por entregas* en traducción

Javier Villoria
Univ. de Almería

La novela fue el género literario por excelencia en el siglo XIX. Su desarrollo progresivo y creciente se debió a ser un género receptivo del ambiente social, muy apto para recoger y servir de apoyo a la evolución ideológica en ebullición, ya como vehículo portador de nuevas ideas estéticas o sociales, ya como simple medio de evasión.

El fuerte impulso que en Europa estaba dándose a la lectura, y que tuvo su lógico reflejo en la España decimonónica, se debió a la consolidación de una burguesía acomodada y con gran interés por la cultura, la creación de nuevas escuelas, el interés por la educación y un deseo por parte del público por instruirse y saber más. La gente (clases pudientes y acomodadas, pequeños burgueses, artesanos, estudiantes, militares y obreros) leía por entretenimiento, para satisfacer sus necesidades profesionales o, simplemente, por un afán de instruirse. En este interés por la lectura hay que contar con un sector que irrumpe con fuerza: la mujer. La presencia de la mujer en el mundo lector llevó a los editores a atender su demanda y crear una literatura propia o traducida con temas orientados en especial al público femenino.

En 1816, Mariano Cabrerizo, importante editor valenciano, se hacía eco de este interés al presentar su *Prospecto* a una colección de novelas:

El ansia de leer que generalmente se nota en todas las clases de la sociedad española es una prueba

evidente de los progresos que ha hecho entre nosotros la civilización del siglo y un presagio cierto de los adelantamientos que todavía deben esperarse. De aquí la utilidad de las novelas bien escritas: ellas son el encanto y el recreo de la sociedad y en donde, a vueltas del honesto placer, beben los jóvenes la instrucción proporcionada a su edad y los documentos de una moral pura¹.

A pesar de este manifiesto interés por la lectura, debemos tener presente que en el año 1857 la población aproximada de España era de unos 14 millones de habitantes, de los que escasamente el 10% de la población sabía leer y escribir. Esto nos lleva a afirmar que el número potencial de lectores estaba por debajo del millón de personas.

El resultado de la situación social descrita desembocó en una fiebre por la lectura y el consumismo literario. Fiebre que fue alentada por los editores con la creación de *Gabinetes de lectura*, siguiendo el ejemplo extranjero. Estos centros agrupaban a socios que, por una módica cuota mensual, podían leer periódicos españoles y extranjeros, libros y revistas. En su mayoría eran hombres los que solían acudir a estos centros. Los editores y las librerías importantes inauguraron sus propios gabinetes de lectura con fines propagandísticos y para captar nuevos suscriptores. Hoy todavía se puede examinar en la Biblioteca Nacional de Madrid un catálogo del Gabinete de lectura del librero-editor Moya de Málaga, publicado en 1870 y que lleva por título *Catálogo de la Biblioteca Gratis de Francisco de Moya*². En Madrid empezaron a abrirse estos gabinetes a principios de 1833. Su horario de apertura era de siete de la mañana a nueve de la noche.

Junto a estos gabinetes de lectura se crearon *las Galerías Literarias*, las bibliotecas³ o colecciones de novelas por entregas o suscripciones que

1. Ángel González Palencia (1935), *Estudio histórico sobre la censura gubernativa en España (1800-1833)*, Madrid: Tipografía de Archivos, Olózaga 1, Tomo II, pp. 336-339.

2. Málaga: Librería Universal, Imprenta de Gil de Montes, 104 pp.

3. Listado de las principales *Bibliotecas* que documentan los bibliógrafos de aquel tiempo. Solían publicar las novelas previamente aparecidas en los folletines de sus respectivos diarios. Las presentamos por orden cronológico de aparición:

Biblioteca Popular de "El Nacional" (Barcelona, 1840); *Folletín del "Diario de Barcelona"* (Barcelona, 1842-1872); *El Recreo Popular, colección escogida, portátil y económica, de las más interesantes novelas y obras instructivas, traducidas de los escritores más renombrados* (Madrid, 1845); *Biblioteca de "El Heraldo", Colección selecta y económica de las mejores obras de historia, política y literatura* (Madrid, 1845 a 1854); *Leyendas Populares. Colección de historias, tradiciones, artículos de costumbres, novelas y anécdotas* (Madrid, 1848); *Biblioteca de "El Diario de Avisos"* (Madrid, 1848); *La Pluma y el Lapicero. Colección de novelas escogidas españolas* (Madrid, 1849); *Biblioteca de "El Fénix"* (Valencia, 1850); *Biblioteca Popular de "El Nacional" de Barcelona* (Barcelona, 1851); *El Correo de Ultramar. Parte*

abarcaran un amplio espectro de lectura: historia, biografía, cuadros de costumbres y novelas. Ejemplo de una típica *Galería Literaria* es el que cita Hidalgo y que llevaba por título: *Galería Literaria. Colección Selecta de novelas, obras instructivas de ciencias y artes, originales y traducidas, de los primeros ingenios españoles, franceses, italianos, ingleses y alemanes*. Constaba de dos tomos mensuales de 200 a 220 páginas en 16º y que se vendían por suscripción. El editor era el conocido librero madrileño Aguado. Por otra parte el mismo Hidalgo documenta en su *Boletín Bibliográfico Español y Extranjero*⁴ unas veinte bibliotecas y treinta colecciones de novelas por entregas.

Para atender toda esta creciente demanda del público lector español se desarrolló una fuerte industria del libro, sobre todo en Madrid y Barcelona, que se convirtieron en auténticas fábricas de hacer libros. Cádiz, Valencia y Bilbao cuentan también con un número importante de imprentas, editoriales y librerías. Reginald Brown⁵ en su catálogo de publicaciones censa una larga lista de libreros, impresores y editores. M. Carmen de Artigas Sanz⁶ completa el listado de Brown y habla de unos cuatrocientos los que trabajaron en España hasta 1860. Y como la demanda del público era cada vez mayor, y la producción propia de los distintos editores se veía incapaz de atender las necesidades del mercado interno, surgió la necesidad imperiosa de recurrir a la traducción. Había que sacar al mercado muchos títulos en poco tiempo, lo que requería de los traductores o equipos de traductores un trabajo ingente que, naturalmente, llevada consigo dedicar poca o ninguna atención a la calidad del producto final.

En este período se leyó la novela con especial deleite. Pero la novela que realmente fue más popular en España en el siglo XIX, fue la novela *por entregas*, la mayor parte en traducción. Las entregas solían aparecer de

Literaria Ilustrada (París, 1853-56); *Biblioteca de "La Iberia"* (Madrid, 1854-1898); *Biblioteca Ilustrada de José Salvador, Editor* (Madrid, 1856-58); *Biblioteca de Instrucción y Recreo de "La Correspondencia Autógrafa"*, titulada más tarde de *"La Correspondencia de España"* (Madrid, 1856-62); *Biblioteca Literaria o Colección de Obras selectas, así instructivas como recreativas* (Madrid, 1857); *Mil y Un Folletines* (Madrid, 1857); *Biblioteca de "El Saldubense"* (Zaragoza, 1858-1860); *Biblioteca de "La Correspondencia"* (Madrid, 1867); *Biblioteca Moral de las Familias* (Madrid, 1867); *Biblioteca Económica Festiva* (Madrid, 1870-1890).

4. Madrid: Varias imprentas, 11 vols, 1840-1850.

5. Reginald Brown (1953), *La novela española 1700-1850*, Madrid: Servicio General de Archivos y Bibliotecas, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional. Este listado aparece en las páginas 207 a 216. Sólo hace referencia a los libreros e impresores de Madrid, Valencia y Barcelona, que cita por orden cronológico de la apertura de sus negocios editoriales.

6. M^o Carmen de Artigas Sanz (1953), *El libro romántico en España*. Madrid: CSIC, 4 vols.

formas diversas: los periódicos de las casas editoriales publicaban diariamente las novelas traducidas en su *folletín*. Lo normal era que aparecieran por entregas semanales o mensuales, el primer lunes de la semana o el primer día del mes. También hemos hallado en la contraportada de la novela *Martín el espósito o memorias de un ayuda de cámara*, novela escrita en francés por Eugenio Sue y editada por la tipografía del editor madrileño Mellado en 1847 la siguiente información al suscriptor: "Todos los días se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la Biblioteca, y cada pliego cuesta dos cuartos en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos a poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos, en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos o tomos, a su voluntad. Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 reales en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscriptores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que a razón de dos cuartos hacen una peseta. Se suscribe en Madrid en el *Gabinete literario*, calle del Príncipe, número 25. En provincias, en todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Sr. Mellado, editor de esta publicación".

Por lo que respecta al número de suscriptores hemos documentado que el periódico *La Correspondencia* donde solían publicarse inicialmente las novelas en *folletín* llegó a editar 20.000 ejemplares. El número normal de entregas estaba en torno a las 10.000. Existe documentación que prueba que entre el año 1840 y 1860 el número de suscriptores osciló entre ocho y catorce mil. En la portada de la novela *Espartero* se indica que la obra había alcanzado los ocho mil en muy pocos días. Tenemos el caso del *Cristóbal Colón* que publicó Nombela en 1867 que alcanzó la cifra mágica de 25.000 suscriptores. Es muy difícil, por no decir imposible, saber el número de ejemplares de una novela por entregas, puesto que las no vendidas solían encuadernarse y venderse en tomos sueltos.

Las novelas por entregas podían llegar en determinados casos a las 2.000 páginas. Sin embargo la novela normal o típica, solía constar de dos tomos y de unas ochocientas páginas de treinta líneas, que raramente se acostumbraban a encuadernar⁷. Solían ir acompañadas de grabados,

7. Si bien es cierto que las novelas por entregas no se solían encuadernar, hay que dejar testimonio del número considerable de talleres de encuadernación que existían en Madrid y Barcelona, y que respondían a las demandas del público que pedía la encuadernación de libros. En 1819 se inauguró en Madrid el primer establecimiento litográfico. Al año siguiente el editor Brusi abrió otro en Barcelona. Está documentado que en 1826 aparece al frente del Real Establecimiento Tipográfico de Madrid el gran pintor José Madrazo.

estampas o láminas, casi siempre sin relación alguna con el texto, que solían ser utilizarlas por el público lector como adorno casero: las pegaba en las paredes, en el espejo, a la cabecera de la cama.

El poder adquisitivo y el sexo delimitaron la compra y lectura de libros. La novela popular tenía un número mayor de lectoras que de lectores, y éstas, casi en exclusiva, eran urbanas. El que no podía comprar un libro, que resultaba ser la inmensa mayoría del público lector español, compraba una entrega. Un lector con un salario de diez reales diarios no podía permitirse el lujo de gastar el jornal de un día en la adquisición de un libro. Pero sí una entrega que valía un real⁸.

Eran los editores los verdaderos autores de la novela por entregas. Ellos encargaban y ordenaban los títulos e imponían una forma de escribir. Julio Nombela y Tabares, que fue editor y escritor de novelas por entregas, confiesa en sus *Memorias* que los editores "imponen" el título de las obras y añade: "Esta ingerencia, en cierto modo depresiva, rezaba principalmente con los autores noveles: pero en cierto modo la justificaba el gran conocimiento de los gustos y aficiones del público que poseían los editores"⁹. Los escritores escribían para el editor, pero las entregas quedaban en su propiedad. Los autores por entregas cobraban bien el trabajo, pero lo vendían para siempre¹⁰.

-
8. El libro suelto solía alcanzar tiradas de tres mil ejemplares, pocas veces cuatro mil, y nunca menos de mil. El precio del libro suelto variaba según el número de páginas. Un libro de cien a doscientas páginas en 8º solía costar de cuatro a ocho reales entre 1840 a 1870. Antes de 1840 el precio solía ser más alto, de nueve a once reales. Después de 1870 el precio de un libro de ciento cincuenta a trescientas páginas, siempre en 8º, costaba de una a dos pesetas.
 9. También refiere Nombela cómo algunos capítulos eran escritos por colaboradores anónimos, sobre todo cuando el autor se encontraba enfermo o surgía algo inesperado que les impedía entregar el original con la debida anticipación para el reparto de cada semana. Para solucionar estas problemas solían añadir una cláusula en los contratos que autorizaba al editor a encargar la entrega a otro escritor que normalmente designaba el autor y, en caso extremo, al que el editor tuviera por conveniente para no paralizar la distribución semanal de las entregas. Nombela comenta su colaboración personal en estas circunstancias: "Este trabajo era violento, difícil, y me imponía un verdadero sacrificio cuando era preciso ganar tiempo. En aquellos casos el viernes por la noche, perdida por los editores la esperanza de contar con el original necesario para el reparto que debía hacerse el próximo lunes, me enviaban el aviso y los últimos cuadernos de la novela que yo debía continuar. Llamaba al taquígrafo, mientras llegaba leía las entregas para enterarme de la situación en que se hallaban los personajes de la novela, me trazaba el plan para cumplir mi cometido sin alterar la marcha de la acción que desconocía, dictaba durante cuatro o cinco horas hasta las doce o la una de la madrugada, el taquígrafo se llevaba las notas, velaba aquella noche y de la imprenta iban a recoger a su casa las cuartillas que había podido traducir. El resto lo llevaba él a la imprenta, y los cajistas componían a escape para que en la noche del sábado pudiera empezarse la tirada que solía terminar el domingo al anochecer. Los plegadores velaban y gracias a ellos el lunes estaba al servicio del público" (*Impresiones y recuerdos*. Tomo III, Madrid, pp.352 y 360).
 10. El editor pagaba al autor cinco duros por entrega y por semana. En las cincuenta entregas de la serie había cobrado doscientos cincuenta duros.

Por lo que se refiere a las novelas por entregas en traducción, sabemos, como narra el novelista y editor Ayguals de Izco en sus *Memorias*, que los editores españoles acostumbraban a viajar a París para seleccionar las novelas extranjeras más leídas, traerlas a España, traducirlas y editarlas por entregas¹¹. El público requería ese tipo de novelas extranjeras, que el editor suministraba con prontitud ya que para él significaba un beneficio enorme. La novela por entregas, consecuencia de la venta a plazos, fue uno de los negocios editoriales más florecientes y también una de las estafas más grandes al público. Un libro suelto valía de seis a diez reales. Por entregas alcanzaba el precio de cien a ciento cincuenta reales, sin incluir los gastos de encuadernación, ni de las tapas y portadillas de todo volumen suelto y acabado. Se sabe que algunos editores de novelas por entregas lograron ganar hasta medio millón de reales por una sola obra¹².

A grandes rasgos, y después de cruzar y analizar las bibliografías de Brown, Montesinos, Ferreras, Artigas Sanz, Aguilar Piñal, Ovilio y Otero, Dionisio Hidalgo, la *Biblioteca Gratis* de Francisco de Moya y la *Galería Literaria*, y estudiar estadísticamente los resultados, llegamos a la conclusión de que la producción de novelas en España en este período fue de unos 2.200 títulos novelescos traducidos y unos 700 originales. Cuando en esta época hablamos de traducciones de novelas en español, debemos decir que no todas llevan el pie de imprenta de una ciudad española, ni todas eran realmente traducciones. Casi la mitad se tradujeron e imprimieron fuera de España, en sitios tan dispares y distantes como París, Burdeos, Londres, Nueva York y Filadelfia.

Por lo que respecta a la calificación de traducciones, hay que dejar claro que no todas lo eran. Por una parte, para el escritor, sobre todo el romántico, la traducción tenía unas connotaciones muy especiales: era un instrumento importante para el logro de sus aspiraciones literarias como creador. Así colocaban a la misma altura y equiparaba la traducción y la creación. En muchas ocasiones ésta no tenía otro soporte, inspiración y valor que una traducción. Resultaba difícil saber cuándo un escritor traducía o creaba. Por

-
11. También aprovechaba para comprar planchas. A pesar de que en Madrid y Barcelona existía una pujante industria litográfica, con buenos establecimientos ya desde 1819, como los que dirigían Brusi y José Madrazo, los editores importaban planchas para utilizarlas en sus publicaciones. Láminas que el público empleaba como adorno casero. Las pegaba en las paredes, en el espejo, a la cabecera de la cama.
 12. Una simple operación nos acerca a estas cantidades: Si la media de suscriptores era de diez mil y que cada entrega costaba un real, hacen diez mil reales a la semana, que multiplicados por cincuenta entregas semanales, arrojan la bonita cifra de medio millón de reales o lo que es lo mismo veinticinco mil duros que se embolsaba el editor.

otra, se encuentra que bastantes autores de este período prefieren escudarse bajo el título de *traducción* para publicar sus novelas, aprovechando la rentabilidad que esto les solía acarrear. Algunas eran obras originales, otras las traducían, las arreglaban, las adaptaban, las imitaban y las reescribían. En la portada de la primera edición de *Cristóbal Colón, descubrimiento de las Américas* de Alfonso de Lamartine, en edición de Urbano Manini de 1867, el traductor español, en un rasgo que le honra, escribió: *arreglada libremente al español*. Montesinos advierte sobre el hecho que con frecuencia los autores originales de novelas y traductores son los mismos: "Muchísimas veces los mismos nombres hubieron de cumplir ambos menesteres, componer y traducir, y que tal vez su fracaso en uno les llevó a darse con desgana y desidia al otro. Las novelas originales solían resultar tan claras en su intención imitativa que a nadie podía ocultársele, o nadie iba a preferir lo copiado al modelo"¹³.

Los editores y las *Bibliotecas Literarias* contrataban a traductores u organizaban equipos de traductores que solían trabajar con excesiva prisa para atender las demandas, cada día mayores, del público que pedía obras de autores extranjeros importantes. Al frente de estos equipos acostumbraban a colocar a un conocido escritor que firmaba la versión y le daba categoría y prestigio con su firma. Pero lo más frecuente era que las versiones aparecieran anónimas y la firma editorial se hiciera cargo de la traducción. Los grandes equipos, la premura de tiempo y la poca dedicación del director solían tener como resultado unas versiones de poca o ninguna calidad. También hay que decir que algunas fueron muy buenas. La autoría de las obras o sus traducciones careció de toda significación. Con harta frecuencia la obra solía aparecer sin nombre del autor y con un título aproximativo más o menos alterado, dándose incluso el caso de la suplantación del nombre del autor por el del editor, traductor, la casa editorial o la biblioteca para la que se había traducido. Esta situación estuvo propiciada por la prensa periódica que las recogía en forma de *folletín* y desde donde era habitual que sus capítulos fueran trasladados posteriormente a un volumen. No es pues de extrañar que la *anonimia* fuera la nota dominante en este tipo de traducciones. Nombela refiere en sus *Memorias* cómo editores madrileños utilizaban o compraban los servicios de algunos anónimos colaboradores o *negros*. También existieron traductores anónimos que trabajaban para otros conocidos, para librerías o *Sociedades*

13. Montesinos, J.F. (1955), *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de una Bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*, Valencia: Editorial Castalia.

Literarias que, como recuerda Nombela, eran "aficionados a vestirse de plumas ajenas"¹⁴.

Al analizar los listados de la *Colección de Novelas* que desde 1816 publicaba Mariano Cabrerizo en Valencia, en los que iba proporcionando al lector español las últimas novedades extranjeras, y contrastándolos con el *Esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas* de José F. Montesinos en el que se recogen las traducciones de autores franceses, puede observarse que los autores más traducidos fueron los franceses con 150 nombres. Recordamos que en este período el francés actuó, casi en exclusiva, como lengua intermedia. Como afirma Iris M^a Zavala "lo que tuvo mayor influencia en España venía de Francia, y a menudo hasta lo inglés, alemán y ruso se conocían a través de la prensa y libros franceses"¹⁵.

De éstos, citamos los que presentan más ediciones en español. Con 80 ediciones está Jean Pierre *Claris de Florian*. Con 78, François René *Chateaubriand*. Con 60, Alain René *le Sage*. Con 40, Stéphanie *Félicité Genlis*. Con 39, Jean Jacques *Rousseau*. Con 23, François de Salignac *Fénelon* y Bernardin de *Saint-Pierre*.

A los franceses siguieron 40 autores ingleses. Encabeza el listado *Walter Scott* con 231 ediciones. Scott se convirtió en uno de los autores más populares entre los lectores españoles. Con 50, Lord Georges Gordon *Byron*. Con 32, *Elizabeth Helme* y *Samuel Richardson*. Con 20, Jonathan *Swift*. Con 18, *Henry Fielding* y *Oliver Goldsmith*, Con 14, *Samuel Johnson*.

A éstos siguen 29 europeos. Los más publicados fueron Joachin *Heinrich Campe*, August von *Lafontaine*, Johann Wolfgang *Goethe*, P. Teodoro *Almeida*, Giulio *Cesare Croce*, *Hugo Foscolo*, *Alessandro Manzoni* y G. *Ambrosio Marini*.

Se cierra la lista con 15 representantes americanos, entre los que sobresalen Cooper e Irving. Las obras de James Fenimore Cooper empezaron a publicarse en España a partir de 1831. A finales de siglo se habían hecho 70 ediciones de sus obras en español. Washington Irving empezó a traducirse al español inicialmente sólo alguno de sus cuentos tomados de *The Sketch Book* y *Tales of a Traveller*, y luego, a partir de 1831, *Crónica de la Conquista de Granada* y *Cuentos de la Alhambra*. Pero la

14. Julio Nombela y Tabares (1912), *Impresiones y Recuerdos*, Madrid, vol. I, p.197.

15. Iris M^a Zavala, "El triunfo del canónico: Teoría y novela en la España del siglo XIX", en *Teoría de la novela* de S. Sanz Villanueva y C. J. Barbancho, Madrid: SGEL, p. 95.

influencia real de Irving en España no se debió tanto a sus novelas históricas o de tema árabe, sino a la producción de novelas por entregas de las que fue modelo para los novelistas de folletín. Su *Vida y viajes de Cristóbal Colón* aparecida en 1831 y luego en 1851 en la Biblioteca de Gaspar y Roig. Además de reeditarse tres veces, determinó la aparición de una multitud de *Colones* de poco o ningún mérito literario.

Si en España durante el siglo XIX se llegaron a imprimir unos 2.200 títulos traducidos, muchos de los cuales son los mismos que se publicaban fuera, la suma total de traducciones posiblemente sobrepase los 3.000 títulos que, unidos a los 700 originales, hacen una cantidad próxima a los 4.000 títulos de novelas. Poco más de un 300 autores extranjeros produjeron cerca 3.200 títulos, que tuvieron un éxito asegurado y que se editaron una y otra vez. Sin embargo el mismo número de autores españoles solamente produjeron 700 títulos. Y es que ningún autor español gozó aquí de popularidad.

Realmente, fue mucha la novela traducida. Como prueba de ello, un examen de los Catálogos de alguna colección de novelas como la *Biblioteca Ilustrada* de los editores catalanes J. Roura y A. del Castillo, especializada en autores extranjeros en traducción, muestra que solían publicar dos tomos de novelas traducidas cada mes. El *Catálogo de La Maravilla, gran sociedad editorial dirigida por don Miguel de Rialp* de 1860 ofrece los siguientes datos. Componían el *Catálogo de la Maravilla* dos series distintas, ambas con secciones instructivas y recreativas. La sección *instructiva* de la serie primera constaba de *veintidós tomos*, de los cuales *veintiuno* eran traducciones. La sección *recreativa* estaba formada por *veintinueve tomos*, de los que *veinticuatro* eran traducidos. La segunda serie en su sección *instructiva* la componían *veintiún tomos*, de los que *todos* eran traducciones. La sección *recreativa* de los *veintinueve tomos* que la formaban, *veinticinco* eran traducidos.

Reginald Brown al estudiar la producción novelística de este período no puede por menos de confesar con cierta tristeza que de "todas las novelas que suscitaban el interés de la multitud de lectores españoles recién integrados al público culto, la inmensa mayoría la constituían, malas o medianas traducciones"¹⁶. Una lectura de los juicios emitidos por los censores gubernamentales (religiosos y técnicos) a las novelas que se

16. Reginald Brown (1953), *La novela española 1700-1850*, Madrid, p. 8.

sonetían a su jurisdicción real para ser publicadas confirman la calidad nada buena de las traducciones. Lo que no fue obstáculo para que existieran algunas muy buenas, aunque éstas fueran la excepción. Así el 22 de febrero de 1823, el censor técnico escribía de la novela *Carolina de Lichtfield*, traducida por Felipe David y Otero: "La traducción está hecha con la mayor propiedad, pureza y elegancia, circunstancias tan apreciables como raras"¹⁷.

Como muestra de la poca calidad de las versiones españolas de las novelas decimonónicas europeas tomamos sólo algunas referencias. El censor Escala informaba de la obra traducida del francés por Juan Pedro Bras:

Esta traducción está hecha con la mayor impropiedad y total ignorancia de la lengua castellana; no se advierte en ella ninguna de las gracias de nuestro idioma, y lo más grosero es que equivoca el uso de nuestras partículas y la sintaxis propia del castellano, lo cual manifiesta con la mayor evidencia que el traductor no es español, pues ningún nacional pudiera cometer errores tan crasos. No se debe permitir la impresión de esta traducción tan defectuosa, por lo bárbaro y exótico de su lenguaje y por los errores que contiene¹⁸.

De la traducción de la obra de Chateaubriand, *Viaje a Italia*, en versión de Mariano Rementería, escribía el censor académico. "El lenguaje es oscurísimo, como que no es otra cosa que una traducción literal, baja, impropia y que da a entender no estar muy versado su traductor en los idiotismos peculiares de las lenguas francesa y castellana"¹⁹.

El 6 de junio de 1834 escribía el vicario censor a propósito de la obra *Apología de las mujeres*, traducida por Antonio Hubert y Muñoz:

Es tan disparatada y monstruosa, así por el fondo mismo de las cosas que contiene, como por el estilo en que está escrita, que acaso será imposible hallar otra que en tan pocas páginas presente tantos errores, disparates y defectos, paralogismos, sofismas, declaraciones vagas, pensamientos falsos, oscuros, confusos y desordenados, palabras bárbaras, expresiones impropias, cláusulas intrincadas, ininteligibles y faltas de sentido gramatical, galicismos groseros,

17. Ángel González Palencia, *ob. cit.*, vol. II, p. 290.

18. Ángel González Palencia, *ob. cit.*, vol. III, p. 252.

19. *Ibidem*, vol. III, p. 257.

ignorancia de la lengua francesa, de la cual se conoce que está traducida la obra, y mayor ignorancia de la lengua castellana. Mi dictamen es que se niegue absolutamente la licencia para su publicación²⁰.

Negro panorama el que se nos pinta con estas críticas de los censores técnicos, generalmente personas de relieve y miembros de las Academias, todos expertos en la materia.

Para terminar, y por lo que se refiere a las ciudades en las que se publicaban estos títulos traducidos, tenemos que decir que Madrid, Barcelona y Valencia acaparan la inmensa mayoría de ellos. A gran distancia aparecen Gerona, La Habana, Palma de Mallorca, Valladolid, Burgos, Salamanca, La Coruña, Mataró y Murcia. De las ciudades fuera de España que imprimieron libros traducidos al español, sobresalen París, con una producción cercana a la de Madrid. Le siguen a gran distancia Burdeos, Perpiñán, Londres, Lyon, Tolosa, Versalles, Avignon, Bayona, Blois, Nimes, Filadelfia, Nueva York y Hamburgo. De estas ediciones en traducción editadas fuera de España, muy pocos títulos entraron en nuestro país. Y es que eran muchos los intelectuales y políticos²¹ españoles que se encontraban desterrados o en el exilio, y la única manera que tenían de ganarse la vida, a parte de dar de clases de español, era la traducción. Por otro lado, al ser prácticamente nulas las relaciones comerciales entre España y sus antiguas colonias, los editores franceses se aprovecharon para exportar a ultramar obras en español. Ciertamente fue también que en múltiples ocasiones, editores franceses y españoles trabajaron en aventuras editoriales conjuntas.

En fin, y como resumen final, afirmar que la novela decimonónica europea se tradujo mucho en España y fue muy popular entre los lectores españoles. Tanto fue así que realmente oscureció la producción original nativa. Poco más de un 300 autores extranjeros produjeron cerca de 2.200 títulos, que tuvieron un éxito asegurado y que se editaron una y otra vez, a pesar de que estas versiones, en general, fueran mediocres e incluso malas. Sin embargo casi el mismo número de autores españoles solamente produjeron 700. El francés fue la lengua a través de la cual llevaron a España las obras de los novelistas europeos. Terminamos con la recurrida

20. *Ibidem*, vol. II, pp. 214-215.

21. Para mayor información sobre este tema ver el libro de V. Lloréns Castillo: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra, 1823-1834*, editado en Méjico en 1954 por Ediciones del Colegio de Méjico, y nuevamente reimpresso en Madrid en 1968 por la Editorial Castalia.

frase de Montesinos: Y es que "las traducciones de novelas europeas cayeron sobre España como un alud".

Bibliografía

Aguilar Piñal, F. (1981-95), *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, 8 vols., Madrid: CSIC.

Artigas Sanz, M. C. (1953), *El libro romántico en España*, 4 vols., Madrid: CSIC.

Botrel, J. F. (1993), *Libros, prensa y lectores en la España del siglo XIX*, Madrid: Pirámide

Brown, R. (1953), *La novela española 1700-1850*, Madrid: Servicio General de Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación Nacional.

Catálogo de la Biblioteca Gratis de Francisco de Moya, Málaga: Librería Universal, Imprenta de Gil de Montes. 1870.

Ferreras, J. I. (1979), *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*, Madrid: Ediciones Cátedra.

Galería Literaria. Colección Selecta de novelas, obras instructivas de ciencias y artes, originales y traducidas, de los primeros ingenios españoles, franceses, italianos, ingleses y alemanes, Madrid: Aguado.

González Palencia, A. (1935), *Estudio histórico sobre la censura gubernativa en España (1800-1833)*, 3 vols., Madrid: Tipografía de Archivos.

Hidalgo, D. (1840-1850), *Boletín Bibliográfico Español y Extranjero*, 11 vols., Madrid.

Montesinos, J. F. (1955), *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de una Bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*, Valencia: Editorial Castalia.

Romero Tovar, L. (1976), *La novela popular española del siglo XIX*, Madrid: Ariel.